

Consideraciones sobre León de Greiff

Luis Fernando Macías Zuluaga*
Universidad de Antioquia

Medellín, miércoles 23 de octubre de 1996

La poesía de León de Greiff es esencialmente juego. Juego de sonidos en rimas, aliteraciones y metros; repeticiones, estribillos y retruécanos...; juego de sentidos, paradojas, antítesis, negaciones...; juego de humores, fastidio, risa, tedio... El juego como una forma de vida, mecanismo de defensa contra el escepticismo, escudo contra el nihilismo, engaño al odio, paliativo de la melancolía.

Medellín, viernes 25 de octubre de 1996

Dos ideas. Una, concebir la poesía como el acompañamiento musical de su vida. Ya la vida es lo que es: ebrio y lento transcurrir de la cadena de minutos, hartura o tedio, viaje de viajes en la nave cóncava entre las sienes, melancolía y, en fin de cuentas, nada —todo—, mientras llega la muerte. Dos, concebir la suya como una poesía que se vuelve sobre sí en cuanto tal para afirmarse en la negación del otro o para negarse al otro en la afirmación de sí... Juego de paradojas de música bizarra.

Medellín, lunes 28 de octubre de 1996

La hipótesis de que León de Greiff y Fernando González sean las dos caras de una misma moneda es una idea integradora de la cultura paisa, de hondas repercusiones en el descubrimiento de lo que somos como pueblo, como comunidad histórica.

* Profesor del Área de Literatura, Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia. Esta contribución hace parte del proyecto de investigación *Diario de lectura, León de Greiff*.

¿Por qué imagino que sean las dos caras de una misma moneda? Todo empieza con la reunión de los “Panidas” en 1913. Aquí nace la primera pregunta: ¿Por qué decidieron llamarse “Panidas”? No voy a tratar de respondermela ahora mismo, hay en ella un motivo de investigación de largo aliento. Pero la primera pesquisa nos remite a *Pan*, el dios prehelénico de biforme aspecto. De él, aquí, se puede destacar el siguiente relato de Plutarco:

En lo que concierne a la muerte de esos seres, he oído las palabras de un hombre que no era ni un loco ni un impostor. El padre del orador Emiliano, al que algunos de entre vosotros habéis escuchado, fue Epiterses, que vivió en nuestra ciudad y fue maestro de gramática. Contó él que, hace muchísimo tiempo, cuando viajaba a Italia, se embarcó en una nave que llevaba carga y muchos pasajeros. Ya era de noche cuando, cerca de las islas Equinades, el viento amainó y la nave fue arrastrada por la corriente hasta muy cerca de Paxi. Casi todos estaban despiertos y muchos no habían terminado de beber el vino de sobremesa. Repentinamente, desde la isla de Paxi se oyó una voz que gritando llamó a Thamos de modo tal que todos se sorprendieron. Thamos era un piloto egipcio no conocido ni siquiera de nombre de muchos de los que iban a bordo. Dos veces fue llamado y no hubo respuesta. Pero la tercera vez respondió y quien lo llamaba, gritando aun más alto, dijo: “Cuando llegues frente a Palodes, anuncia que el gran dios Pan ha muerto”. Al oír esto, dijo Epiterses, todos se quedaron asombrados y se pusieron a discutir entre ellos acerca de si era mejor llevar a cabo la orden o negarse a entrometerse y olvidarse del asunto. En estas circunstancias, Thamos decidió que, si había brisa, pasaría de largo sin decir ni una sola palabra; pero que, si no había viento y el mar se hallaba tranquilo en este sitio, anunciaría lo que había oído. Así es que, cuando se encontró frente a Palodes sin viento ni oleaje, Thamos, desde la popa y mirando hacia tierra, dijo las palabras tal como las había oído: “El gran dios Pan ha muerto”. Aún no había terminado cuando se escucharon grandes llantos y lamentos, pero no de una sola persona sino de muchas, mezcladas con exclamaciones de asombro.¹

Según el artículo, se anuncia la muerte del dios Pan en el mismo momento en que Jesús es crucificado, como si este hecho marcara el fin de una noción de la divinidad y el comienzo de otra. Del politeísmo al monoteísmo.

¹ He tomado este texto de la cita que hace Francisco Rivera en su artículo “La muerte de los dioses (relectura de Cavafy)”, en: *Revista Universidad de Antioquia*, 244, 1996, 55.

Los “Panidas” estarían invocando, con su nombre, a Pan, el dios muerto, la antigüedad concluida, justo después de esa otra “muerte de Dios”, anunciada por Nietzsche. Desde este punto de vista *Panida*, o invocador de Pan, significaría: Hombre sin idea presente de Dios. Este hecho, por supuesto, hacía ya de los “Panidas” un grupo de extraños a su medio, de hombres ajenos al espíritu de su época; lo cual, sumado a la idea de la muerte de Dios de Nietzsche, los ponía en camino hacia el nihilismo.

Lo que determina en esta hipótesis la idea de que Fernando González y León de Greiff sean las dos caras de una misma moneda es la manera como uno y otro, en sus vidas y en sus obras asumieron la inminencia del nihilismo: Fernando González dedicó su vida a la búsqueda de una fe propia y este camino lo condujo al misticismo, a la beatitud del Padre Elías, y León de Greiff se dedicó al juego de palabras y sonidos, al juego de sentidos y paradojas, al reino de la música y de la fantasía que constituyeron su obra y que lo salvaron, pues lo convirtieron en el poeta más versátil de la lengua castellana.

Dentro del grupo de los “Panidas”, a su vez, Fernando y León son una cara de la moneda múltiple, porque alcanzan la mayor dignidad en su escritura y Tartarín Moreira (Libardo Parra Toro) y Ricardo Rendón, son la otra cara. Tartarín, porque después de sus canciones en el reino del despecho popular muere en el abandono y la soledad del personaje típico, en una ciudad que lo mira como a una cosa rara y Ricardo Rendón, el más grande de los caricaturistas de la tierra, porque él mismo pone fin a su existencia.

Medellín, miércoles 16 de abril de 1997

Este método del *Diario de lectura* empieza ya a ser incomprendido. Alguno por ahí le juzgó de “anotaciones impresionistas” y había en su sentencia un tono despectivo. Obviamente en esa actitud se deja ver la falta de conciencia sobre la naturaleza de la misma: se trata de una impresión personal, que es además bastante ligera, porque no es capaz de descubrir que, detrás de cada anotación del diario de lectura, se esconde un estudio previo, un proceso de análisis y síntesis que busca ahorrarle al lector la pesantez de las disecciones. Vaya pues para nuestro “académico” el mismo tono despectivo porque su juicio es también una “anotación impresionista”. A menudo juzgamos a los otros porque hacen lo que hacemos o haríamos. Los espejos y los juicios reflejan la realidad material y la realidad psíquica respectivamente.

Por mi parte, cada vez me alejo más de esa pretensión de objetividad que, en vez de agregar algo a la comprensión del mundo, le resta; porque la objetividad no puede ser en el sujeto. La naturaleza del sujeto es la subjetividad y, como en el caso del rey Midas, todo lo que toca el sujeto es subjetivo.

Este método del *Diario de lectura* se parece mucho al “método emocional” de Fernando González, porque consiste en entrar en el ámbito existencial del personaje estudiado y se va convirtiendo en el informe de una historia de amor. Su materia son las emociones del descubrimiento en el tránsito por el camino que es “el estudiado”. Debe su transparencia al asombro inocente de la revelación espontánea. No puede haber objetividad en el viaje de un alma por el camino de otra alma, pero ello no quita el rigor de la búsqueda ni el afán de verdad; al contrario, empieza por negarse al engaño positivista de la objetividad del sujeto.

Alma de León de Greiff, permite que mi pluma busque en tus senderos los pétalos caídos, que mi conciencia encuentre los arbustos y los frondosos árboles de tu cosecha... Dame la luz que me permita encontrar la fuente de las esencias que de allí proceden.

Medellín, domingo 25 de mayo de 1997

Notas para un foro sobre la lectura de poesía

Edgar Allan Poe entendió que el dominio de la poesía era la belleza. En su ensayo “Filosofía de la composición” confesó que su propósito primordial, al escribir un poema, era producir un efecto en el lector y definió este efecto como la elevación del espíritu ante la contemplación de la belleza. Entendió además que el verdadero destinatario del poema podría ser el corazón, el alma o el intelecto del lector: el corazón, porque éste se conmueve ante el dolor o la alegría; el alma, porque se ensancha ante la presencia del hecho estético y el intelecto, porque se regocija en el hallazgo de la verdad. También Jorge Luis Borges quiso definir la poesía como “experiencia estética” o como “el encuentro del lector con el libro, el descubrimiento del libro”.

La confluencia de estas dos doctrinas me confirma en el convencimiento de que sin lector no hay poesía. El poeta, en el momento de la creación, procura encontrar en el lenguaje las palabras que evoquen o puedan evocar en el lector la experiencia estética, de modo que, en el encuentro con el poema, el lector se reconozca y, en su identificación, se produzca el sentido.

Sentido es esa región común donde se encuentran el poeta y el lector. Sólo hay hecho estético cuando se produce el sentido, es decir, cuando el lector se encuentra con el poeta, cuando el libro despierta. Pero para que el lector alcance la dignidad del sentido no basta con que lea o escuche una sola vez el poema. Hans Georg Gadamer afirma que “el poema invita a una larga escucha y a un intercambio de palabras, en los que se consuma la comprensión”.

El poema no nos habla desde su lectura misma, sino desde nuestra llegada a la región del sentido, que se va produciendo paulatinamente y, como diría Fernando González, “es como la aurora que cada vez más, cada vez más...”. Veamos un ejemplo. Traigamos hasta este foro los ecos de un poema juvenil de León de Greiff, bastante popular entre nosotros:

Rondel

Esta mujer es una urna
llena de místico perfume,
como Annabel, como Ulalume

esta mujer es una urna...
Y para mi alma taciturna
por el dolor que la consume,
esta mujer es una urna
llena de místico perfume...!

Leí este poema por primera vez en el año 1972, en tercero de bachillerato. Recuerdo o imagino haber sentido un sobrecogimiento ante la presencia sonora de los versos.

Entonces no conocía el amor de una mujer, no sabía quiénes eran Annabel ni Ulalume, no poseía una noción clara del significado de los adjetivos “taciturna” o “místico”; pero, no obstante, el conjunto sonoro del poema me ponía ante la vaga ilusión de la belleza. A menudo lo recitaba frente a mis compañeros de la clase de español de don Eugenio López, pero acaso lo único que podía decir de ese poema era que me gustaba, sin porqué; simplemente porque me gustaba.

Tal vez ahora comprendo que, al memorizar esos versos, solamente estaba iniciando un diálogo con ellos y que, de algún modo, ellos empezaban a acompañarme en mi reflexión sobre la propia existencia. Así, cuando llegó la pregunta por la muerte, su resonancia fue materia de reflexión y cuando entendí eso de que: “un dolor somos”, ya el verso “por el dolor que

la consume” era una música que, paradójicamente, solazaba a mi alma de ese dolor de ser, ya era parte constitutiva de mi ser.

Muchos años después, me pregunté por el significado de esos versos en León de Greiff, más allá de su resonancia en mí: ¿Qué significa: “para mi alma taciturna / por el dolor que la consume”? Y en mi auxilio acudieron otros versos suyos que igual venían conmigo, hablándome desde el interior de eso a lo que llamamos ir creciendo:

juego mi vida,
cambio mi vida,
sin remedio
la llevo perdida...

O estos otros:

El tedio, el odio y el fastidio
en la palestra o en el gladio...

O:

Todo no vale nada si el resto vale menos

Se trata pues, del hondo dolor de ser. Ante la pregunta por la existencia, todos los caminos conducían a León de Greiff al escepticismo. Curiosamente en el rondel que ahora nos ocupa se vislumbra una tabla de salvación frente al nihilismo, un bálsamo para el dolor de ser: “Esta mujer...”. Otros poemas nos aclaran que el vino y la música y la pipa y los libros y los sueños... mantienen en pie la existencia.

Con esto, he dejado ver, ante ustedes, que el sobrecogimiento que sentía hace veinticinco años ante el rondel de León de Greiff, consistía esencialmente en la intuición de lo que para mí sería más tarde el poder del amor frente a la pregunta definitiva. Sé que para otros el significado de este poema es bien distinto porque el sentido se produce en la intimidad y al estilo de cada uno. Yo mismo podría seguir preguntándome, por ejemplo por el significado del adjetivo “místico” para modificar al sustantivo “perfume”, o por las cuatro aliteraciones del poema en la repetición de los sonidos de la “m”, de la “u”, de la “r” y de la “l”, y, seguramente encontraría respuestas a muchos interrogantes nacidos de mi diálogo con León de Greiff o con la

existencia. A lo mejor podría ampliar significativamente la conclusión final respecto al sentido de este poema, pero para lo que me trae ahora a este foro sobre la lectura ya he ilustrado la idea que quería dejarles: No basta con leer o escuchar el poema una sola vez, en muchos casos, la naturaleza de su significado en nuestras vidas nos exige saberlo de memoria.

Muchas gracias.

Medellín, 12 de septiembre de 1997

Muchas personas suelen creer que los estudios lingüísticos, o retóricos, o semánticos, o sociológicos, o antropológicos, o hermenéuticos, o psicológicos, o semiológicos, o filosóficos, o formalistas, o estructuralistas, o históricos, o de cualquiera otra disciplina en la que se debaten grupos de hombres dispersos en tiempo y espacio, constituyen separadamente el verdadero estudio de la literatura.

Cada uno, desde su punto de vista y desde su esforzado intento por hacer de su materia una ciencia, reivindica para sí el auténtico camino de la verdad y, a menudo, se niega a concederle al otro la opción de que su punto de vista pueda tener validez. Empecinado cada uno en creer que por llamar “ciencia” a su método, es dueño de la palabra irrefutable, todos se niegan la opción del otro, cierran los oídos y entran en la babel de los sordos, donde todos hablan pero nadie escucha. Mundo de los sordos, quien lee se lee. La palabra es un espejo, el texto es un espejo, el mundo es el gran espejo.

Medellín, viernes 27 de febrero de 1998

Otras dos ideas: la primera quiere mostrarme una manera más simple de comprender a Fernando González; no recuerdo en qué libro (*¿Semana Santa en Envigado?*, *¿Viaje a pie?*, *¿Mi Simón Bolívar?*) narra la anécdota de su infancia, cuando entró en la sacristía y levantó el vestido de uno de los santos que tenían listo para la procesión y se encontró con una estructura de palo, de modo que descubrió el secreto de los santos de palo: una cabeza y unas manos de arte quiteño, saliendo de un lujoso vestido. Apariencia de santo verdadero y esencia escondida de palo... Pero no se trata de la mera metáfora de la apariencia rica y la esencia pobre, que es un antiguo lugar

común y ya nada enseña. Podría entenderse como una metáfora sí, pero de otro orden, tal vez más personal: el hecho, un instante de la infancia, una pequeña vivencia... resume el sentido de la existencia de Fernando González. Él es un hombre a quien le mostraron a Dios, pero dedicó su vida a levantarle las faldas para conocer su desnudez, su verdadera apariencia (suena raro esto de “verdadera apariencia”, sería más sencillo decir “su verdad”). Sucede que levantarle las faldas a Dios requería de un largo viaje hacia el interior de sí mismo, quitando máscaras en lugar de prendas, hasta llegar a la muerte y, por ella, al nacimiento: “morir para nacer de nuevo”.

La segunda idea se refiere a León de Greiff y es como la aparición de un hada. Me la trajo una alumna del seminario de poesía de 1997: allí formulé la hipótesis de que toda la vida y la obra de León de Greiff son una fuga, una manera de huir del nihilismo.

Medellín, miércoles 4 de marzo de 1998

Los estudiantes del seminario más que comprobar esa hipótesis, la asumieron como un lugar desde donde podían leer a León de Greiff, como quien elige una montaña para mirar el valle y desde allí lo abarca y comprende la secreta armonía que hay entre el río y las tierras. A ella, a Claudia, la embrujó el juego de referencias a *Las mil y una noches* y decidió emprender la lectura simultánea de los cuentos y del poeta. La búsqueda que se le había recomendado era la búsqueda de los viajes y del viaje. Yo le propuse que leyera *Los viajes de Simbad el marino*, pero ella siguió, más allá de su tema, en el ámbito de su pregunta personal por la existencia. Tal vez por eso volvió con su regalo: “León de Greiff escribía para huir de la muerte del mismo modo que Sheherezada narraba cuentos en la noche para no perder la cabeza en la mañana”. La idea es luminosa: *Las mil y una noches* son toda la literatura, la ficción es la fuga de la muerte, el llamado del sueño, el ensueño. El sueño está cerca de la muerte, es su hermano generoso. El destino de la ficción es el ensueño, la visión de lo esencial en la máscara de lo habitual. El poema es el canto del descubrimiento, celebración o queja, juego o dolor. La risa y la tragedia están en los extremos del espectro del poema.

Medellín, lunes 8 de junio de 1998

El nihilismo es el abismo sin fondo, la desintegración, la caída en el *no se sabe qué*. El escepticismo es todavía la esperanza, el delicioso dolor de rechazarlo todo, la lúcida e ingenua desconfianza de todo. El nihilista no tiene ya nada qué agregar, el escéptico grita su temor de llegar al nihilismo, de caer. Todo lo que el escéptico dice es el grito de su instinto de conservación, en el que desconfía y guarda su última esperanza. El nihilista está perdido y, en su caída, arrasa, arrastra, porque el nihilista es la nada misma que todo lo devora. El escéptico patatea y, si acaso, a sí mismo se hace daño; pero normalmente aclara las cosas con su incredulidad, a la duda le sigue la afirmación, la caída de la falacia. El escéptico causa risa porque en sí mismo es portador de la esencia dialéctica, en su naturaleza se cuecen el veneno y el antídoto. El nihilista es terrible, tierno el escéptico.

Medellín, domingo 2 de abril de 2000

Se nos ha dicho que el poeta es visionario y que la poesía bebe en tres fuentes arcaicas: el inconsciente primigenio, el inconsciente colectivo y el inconsciente personal; gracias a la primera de estas fuentes se hace universal, gracias a la segunda es manifestación del espíritu de su pueblo y gracias a la tercera es único e irrepetible. En una poesía dada, se nos permite indagar por el destino de la humanidad, de la comunidad a la cual pertenece el poeta y de éste como individuo, siempre y cuando, al llegar a las fuentes, logremos encontrar el sentido de lo que en su poesía sea visión profunda y no mera circunstancia de su época o personalidad. En estudios anteriores hemos concluido que en Antioquia existe una tradición cultural claramente definida por sus coordenadas históricas, en sus diferentes aspectos políticos, sociales y económicos. Así, aunque pertenecemos a la nacionalidad colombiana, los antioqueños constituimos una cultura independiente dentro del territorio patrio y, en consecuencia, poseemos una tradición literaria que al mismo tiempo da cuenta de dicha cultura y la determina. En este contexto nos podemos preguntar, en el caso de León de Greiff y de su poesía, cuál es el aspecto del espíritu antioqueño que en su visión como poeta determina el curso de nuestra cultura. Una posible respuesta aparece en cierta sentencia presentada en un artículo anterior: “Con León de Greiff llegamos

al fastidio de nuestra condición, nos burlamos de nuestra inclinación al cambalache y aprendimos a dudar —hasta la melancolía— de todo y de todos, especialmente de nosotros mismos...”.

Medellín, 25 de junio de 2000

Definir su poesía como una fuga no es más que asumir un punto de vista y, en la búsqueda de una clave que nos permita pensar su obra, su vida y sus asuntos, no he podido hallar un lugar más cómodo ni más clarificador. Es evidente que no es posible comprender el sentido de una obra haciendo a un lado alguna o algunas de las cadenas de significado que la engendran y por eso se hace obligatorio buscar el punto de vista que pueda reunirlos. Creo que la sentencia, “La poesía de León de Greiff era una fuga”, nos permite reunir su vida y su obra en un solo campo de comprensión, donde se hace posible hallar sentido coherente a cada uno de sus versos en relación con el todo y, acaso, a cada uno de sus actos.

Medellín, junio 26 de 2000

Los grandes temas se presentan entrelazados hasta configurar un tejido al que podríamos llamar, visión del mundo. Así, en su caso, el tema de la poesía entrama el de los viajes con el de la noción del mundo como el teatro de la gran representación. En el verso, “Mi viaje byroniano por las vegas del Zipa”, el tema del viaje ofrece una explosión de sentidos, cada vez más rica, pues en él subyace la idea de la vida como un viaje (“en mi nao fantasma único a bordo”), cuyo origen seguramente pertenece a la reunión del grupo de los panidas en la asimilación de este arquetipo, tanpreciado para Homero como para Simbad o para nuestras fantasías infantiles; pero además en el verso subyace la idea del viaje como representación y como camino, esto es, como un modo de asumir la existencia. Es representación, pues se trata de un viaje emprendido a la manera de... en este caso Byron; es camino porque asume la pregunta por el ser en relación con el parecer y éstos en la oposición del hacer del poeta frente a la opinión de la multitud, que a su vez es otro de los temas recurrentes en su poesía.

Medellín, 27 de junio de 2000

Para León de Greiff lo importante es cantar (“Cantaba, cantaba y nadie oía los sonos que cantaba”), ni siquiera importa la gracia con que lo haga o la forma como se le mire. Tiene, para su canto, ciertos temas preferidos, pero casi siempre el más importante es el cantar mismo. Es la poesía como el juego de la vida: mientras ocurre la vida ir cantando, diciendo versos, dejando una estela de consonancias singulares. Hay en ello una actitud existencial. Manuel Mejía decía que lo importante era la canción, es decir: el canto como afirmación de la vida contra la muerte. “Contra la muerte coros de alegría” (Barba Jacob).

Medellín, viernes 7 de julio de 2000

Al igual que la obra de Fernando González la de León de Greiff es un largo monólogo. Parece que toda obra literaria lo fuera. La gran pregunta es el motivo central del diálogo interior. El camino se va trazando solo a medida que se asumen actitudes y roles, se va registrando en los textos que intentan responder a la pregunta o que denotan la ausencia de respuesta y, entonces, surgen como el simple canto la fuga o el divertimento. De León de Greiff podemos decir que su poesía es la vida misma, es decir, su existencia y su pregunta por la existencia; por eso es inasible.

Medellín, domingo 13 de agosto de 2000

Cuando decimos *el universo poético de León de Greiff*, no estamos haciendo una metáfora nacida de la intención de magnificar su obra o de expresar nuestro asombro ante sus dimensiones, pues se trata de una expresión referencial que enuncia una verdad directa y sencilla. La poesía de León de Greiff es mucho más que una obra poética, pues es una manera de vivir y de concebir el mundo. Manera ésta de vivir que incluye todas las actividades del poeta, su obra y su pensamiento. Su proyecto, acaso más allá de la intención consciente, consiste en la creación de un universo completo; esto es, un sistema planetario, un mundo, una mitología, una filosofía y una población de seres reales e imaginarios, sin que falte ninguno de los reinos animal, vegetal y mineral... Este proceso se presenta como consecuencia

natural de su relación con el medio y es capaz de explicar muchos aspectos de su vida y de su obra. De hecho, vida y obra son la misma cosa y en León de Greiff mucho más, debido a que su obra es su manera de vivir, de ser en el mundo. La paradoja aquí es que, al mismo tiempo, es fuga y asunción de la existencia.

Medellín, domingo 20 de agosto de 2000

El tema de toda poesía es uno mismo. Toda letra es búsqueda de uno. Identidad es el asunto, la pregunta. Y en lo individual se busca lo de todos porque en lo de todos se halla lo de uno...

He llegado curiosamente, de nuevo, a la doctrina del “Unitotal”, por un camino raro: la pregunta por el poeta. Acabo de leer el “Relato de Gunnar Fromhold”, donde se entiende claro el espíritu aventurero, la sed de Odiseas de León de Greiff y la razón por la cual “no sobró ni un mal leño para el viaje”. El poema trata de la pregunta por sí mismo en el espíritu del antepasado.

Medellín, lunes 21 de agosto de 2000

Cuando dice “Yo de la noche vengo y la noche me doy”, la noche adquiere el significado de mujer, madre y hembra, origen y destino; pero además en esa segunda parte de la sentencia “...y a la noche me doy”, se insinúa el sentido de la noche también como escenario de la vida, el lugar donde sucede la vida plena, pues tiene la doble condición de refugio y de peligro, “dulce Ofelia despetalando flores, Lady Macbeth azarosa asesina”. Y cuando pregunta “¿Cuándo vendrá la noche que jamás se termina?”, le está dando el sentido de muerte. Así, para León de Greiff la noche es el origen, el anhelo, el escenario de la vida, su goce y su peligro, y la muerte.

Medellín, viernes 25 de agosto de 2000

El principal error que han cometido sus críticos es no haberlo visto como un hombre que se desarrolla y transforma en su proceso vital, pues han juzgado su obra como una cosa muerta. La obra es un organismo vivo en evolución y es respuesta a la pregunta por la existencia al existir, por la vida al vivir, por el ser al ser (ser siendo, entendiendo). La transmutación del

individuo se va reflejando en los textos que son el resultado de la pregunta por la cosa, la síntesis de su transformación, revelación de su devenir, del sentido de su existencia individual; lo demás es absurda generalidad, la diacronía tiene la clave.

Medellín, domingo 27 de agosto de 2000

Como ejemplo consideremos la concepción de la mujer en tres momentos de su poesía:

Para el primero, tomemos algunos de sus rondeles

I

Esta mujer es una urna
llena de místico perfume,
como Annabel, como Ulalume

esta mujer es una urna...
Y para mi alma taciturna
por el dolor que la consume,
esta mujer es una urna
llena de místico perfume...!

II

A Eduardo Castillo

Señora, Dama, dueña de mis votos
¿cuándo veré tus ojos encantados,
tus manos inasibles, tus dedos ahusados,
y tus cabellos, —piélagos ingnotos?

Cuándo veré tus ojos encantados,
y oiré tu voz de ritmos sosegados...!

Pero serán todos mis sueños rotos
por el furor de inevitables notas
y tus manos pequeñas, —los dedos ahusados—
no curarán mis rudos alborotos,
ni darán paz a mis martirizados
labios, que ardieron odios y sedes y pecados!...

Señora, Dama, dueña de mis votos!
nunca veré tus ojos encantados,
ni tus cabellos —piélagos ignotos—
ni oiré tu voz de ritmos sosegados...,

ni besarán tus labios ambiciados,
sobre mi frente, mis ensueños rotos...!

VII

Alguna vez iré a tu vera,
novia, mi novia, prometida!
Dulzura y goce de mi vida,
y de mi otoño primavera!

Alguna vez iré a tu vera...
Pobre tu alma entristecida!

Pobre mi alma prisionera
dentro una malla de agorera
locura glacial y encendida!

Novia, mi novia, prometida...
Vendrá una fuente de parlera
agua lustral, para la ardida
sed de pasión enloquecida!,
novia, mi novia, prometida!:

Alguna vez iré a tu vera...!

Es el joven León de Greiff, para él, la mujer es un anhelo, una posibilidad, una esperanza. No se trata de una mujer de carne y hueso, presente, viva, sino de un sueño. Annabel y Ulalume son idealizaciones de la mujer. Ambas, protagonistas de dos poemas de Poe, son símbolo de la belleza máxima para los románticos: la reunión de belleza, juventud y muerte es la imagen más conmovedora para la fantasía romántica. Claro que en León de Greiff constituyen una herencia del admirado Poe; esto es, son una referencia del ideal perdido y le sirven como punto de apoyo para manifestar un anhelo real, una posibilidad. León de Greiff no quiere la idea de una amada que muera joven, quiere una mujer real, posible, pero urge

su presencia porque ella será el remedio para el alma, el paliativo para el dolor de ser para la muerte.

Para considerar el segundo momento, leamos dos poemas del poeta ya convertido en un hombre maduro:

Ritornelo

“Esta rosa fue testigo”
de ése, que si amor no fue,
ninguno otro amor sería.
Esta rosa fue testigo
de cuando te diste mía!
El día, ya no lo sé
—sí lo sé, mas no lo digo—
Esta rosa fue testigo.

De tus labios escuché
la más dulce melodía.
Esta rosa fue testigo:
todo en tu ser sonreía!
todo cuanto yo soñé
de ti, lo tuve conmigo...
Esta rosa fue testigo.

En tus ojos naufragué
donde la noche cabía!
Esta rosa fue testigo.
En mis brazos te oprimía,
entre tus brazos me hallé,
luego hallé más tibio abrigo...
Esta rosa fue testigo.

Tu fresca boca besé
donde triscó la alegría!
Esta rosa fue testigo
de tu amorosa agonía
cuando del amor gocé
la vez primera contigo!
Esta rosa fue testigo.

“Esta rosa fue testigo”
de ése, que si amor no fue,

ninguno otro amor sería.
Esta rosa fue testigo
de cuando te diste mía!
El día, ya no lo sé
—sí lo sé, mas no lo digo—
Esta rosa fue testigo.

Canción de Rosa del Cauca

Cerca de donde jùntase
la Comiá con el Cauca,
Rosa pícara vivía
—del campamento lujuriente Hada.

Guisos cuán apetitosos
mano albi-roja guisaba
—Rosa maritornes única!
(mejor sus manos rosa-albas,
frentes, mejillas que la fiebre dora,
frentes, mejillas que la fiebre exalta,
acariciaban —gaviotas
sobre la mar que hispe de borrasca—)

OH Rosa la de mis besos
y en su boca vibrátil... (tibia aljaba
de la lengua vivaz —venusina
flecha para mi boca sansebastianizada... —)

OH Rosa la de los ojos
como la noche cerrada:
y un sutil estrabismo los volvía
pérfidas y malignas azagayas
para mi corazón —al par audaz y tímido—,
para mi corazón: dardos, virotos y macanas!
Y me herían dulcísimos sus ojos
de terciopelo —negros— y de lascivia —en llamas!

OH Rosa de los abrazos
de fulva leona en brama!
Rosa pícara felina!

Y en sus brazos morenos naufragaba
mi sér —mi sér, a pique, jubiloso!—

OH mármol móvil en la móvil hamaca!
 OH mármol ágil sobre los yerbales!
 Rútilo mármol en las rubias aguas
 del Cauca río: —retozante Fauno.
 flavo Sileno ansioso de la nuda Oreáda—,
 fogoso mármol, Venus
 sapiente, en la alcoba, a la noche insomne y ávida!

Cerca de donde júntase
 la Comiá con el Cauca,
 Rosa pícara vivía
 —síntesis de Ninones y de Aspacias.

Por ella, riñas, enojos,
 celos, duelos, algaradas:
 Rosa, Helena de esa Troya,
 mucho más hembra que la Helena clásica!
 Rosa la de los labios gordezuelos
 y los perfectos muslos y las rosáseas cúpulas elásticas!
 Rosa..., fugada con los años idos...:
 ¿dónde amarás ahora, Venus de Bolombolo, Láis del Cauca?

Es el hombre maduro. Ha dejado de ver a la mujer como un ideal y ahora le canta en la medida en que suple su necesidad vital. Aquí lo hace de dos maneras: el *Ritornelo* es un parte de victoria; la meta de sentirse hombre, de conquistar el amor físico, se ha logrado y el canto irrumpe a modo de celebración; el dolor de ser se ha olvidado, pareciera que el abismo nihilista se ha perdido del horizonte y sólo quedan la alegría del triunfo por el juego de la seducción —expresada en el juego de ritmos y sonidos del poema— y el ego ebrio —hinchado de satisfacción—...

La *Canción de Rosa del Cauca* es un himno de gratitud, la gratitud del hombre que recuerda cuán importantes fueron los favores de la hembra para su condición de macho. La vivencia que en su momento se asumió como aventura frívola emerge del recuerdo con la fuerza de su sentido verdadero, para demostrar que no fue un simple juego de Eros, sino el rudo combate entre la vida y la muerte que, al asumir el escenario de los cuerpos, mantuvo una vez más la tensa cuerda de la existencia en su equilibrio, siempre inestable (“... mi ser a pique jubiloso”).

A diferencia del *Ritornelo* que canta el amor físico como el triunfo de la perseverancia en la conquista, la *Canción de Rosa del Cauca* canta ese mismo amor como naufragio, como caída salvadora... Ya la mujer no es una urna llena de místico perfume, volátil, inexistente, sino una hembra viva, llena de aromas y de ritmos y de músculos para el baile de los cuerpos.

Consideremos ahora estos otros dos poemas:

Cancioncilla

Héteme al linde del otoño, logrado
 Plenamente, prelude del descenso.
 La euforia aún conmigo: corazón desalado
 Y espíritu burlón e iluso al par:
 Amo aún, sueño aún, divago, pienso...
 No es oportuno todavía descansar.

Sino seguir pugnando, con humor e indolencia.
 No es el crepúsculo, es apenas la media tarde: no ha llegado el crepúsculo.
 Medio día a la zaga —próximo y en vigencia—
 caracol resonante, guarda el eco del mar.
 Amo aún, sueño aún. Hay mente. Hay músculo.
 No es oportuno todavía descansar.

Sino seguir pugnando, sino insistir, desaprensivo:
 ni ambicioso ni claudicante... ¡Oxte, melancolía!
 Desdeñoso ni acre: siempre alacre —y sarcástico y esquivo—,
 seguir pugnando con el viento y la estulticia y el azar.
 Amo aún. Sueño aún. Hay fervor y armonía.
 No es oportuno todavía descansar.

Sino seguir pugnando, sino insistir, cáustico, sonriente
 si cogitante, bufón befiante —si filofista—.
 Ni pueril ni senil. Ni didascálico, minitorio ni incongruente.
 Seguir pugnando escéptico ante el vacío especular.
 Amo aún. Sueño aún. Nada me vence ni contrista.
 No es oportuno todavía descansar.

Julio 22-octubre 7, 1949

Cancioncilla

Quise una vez y para siempre
 —ya la quería desde antaño—

a ésa mujer, en cuyos ojos
bebí mi júbilo y mi daño...

Quise una vez —nunca así quise
ni así querré, como así quiero—
a ésa mujer, en cuyo espíritu
fundí mi espíritu altanero.

Quise una vez y desde nunca
—ya la querré y hasta que muera—
a esa mujer, en cuya boca
gusté —otoñal— la Primavera.

Quise una vez —nadie así quiso
ni así querrá, que es arduo empeño—
a ésa mujer, en cuyo cálido
regazo en flor ancló mi ensueño.

Quise una vez —jamás la olvide
Vivo ni muerto— a ésa mujer,
en cuyo sér de maravilla
remorí para renacer...

Y esa mujer se llama... Nadie,
nadie lo sepa —Ella sí y yo—.
Cuando yo muera, digas —sólo—:
¿quién amaré como él amó?
1951

Llegado el otoño, el tiempo que en los verbos juveniles era futuro es ahora pretérito. Éste es el cambio, de lo ideal a lo real y de lo real a la idealización. Es la transmutación del tiempo, rey de los alquimistas. De la fuga en Annabel al naufragio en Rosa de Bolombolo y del naufragio a la nave anclada en la reunión espiritual; del sueño al cuerpo, del cuerpo al espíritu. Parece tan simple como mirar hacia delante y después mirar hacia atrás, pero es la historia del nihilismo vencido por el amor y el sueño, donde la muerte ha dejado de ser un tormento para convertirse en morada natural. Y aunque León de Greiff quiere persistir en el escepticismo, en la burla... más allá de sí solo persiste en el amor, pues la duda ha concluido y la esperanza es el recuerdo. Ésta es la gran afirmación.